

## CONTRA LA DURA CORRIENTE DEL OLVIDO

*Jaime Concha*

*University of California, San Diego*

Un amigo nos trajo la noticia: días atrás, Antonio Cornejo Polar había muerto en el Perú. Creo que fue en junio del 97 cuando lo supe. En diciembre del año anterior, nos había convocado en Berkeley a un congreso sobre la vanguardia poética hispanoamericana y allí, en su casa y en el *campus* de la Universidad, atendió al puñado de participantes con su sobria gentileza de siempre. A pesar de su evidente fatiga, se dio el tiempo y el esfuerzo de asistir a casi todas las sesiones del encuentro y de estar incluso en la cena de despedida, que tuvo lugar en un viejo y acogedor hotel de la ciudad. No sospechamos –no quisimos enterarnos tal vez– lo cerca que, para él, estaba el fin.

La desaparición de Antonio no es sólo un hecho personal que enluta a sus seres queridos, entristeciendo por igual a amigos, colegas y discípulos suyos, sino que repercute también con fuerza en nuestro campo profesional. Algo de lo que escribiera en sus últimos días y que ha sido publicado, simultánea y significativamente, tanto en *Casa de las Américas* de La Habana, Cuba, como en esta misma revista (la *Revista de Critica Literaria Latinoamericana* que él fundara y que mantuvo contra viento y marea con una impresionante regularidad, gracias a la ayuda de su esposa y de un grupo mínimo de colaboradores), apunta a lo que decimos. Esos “Apuntes” –así los califica, aunque contienen semillas que habría que meditar por largo rato– implican un diagnóstico que puede ser leído de dos modos: como la indicación de un malestar o de una crisis transitoria en el campo de la especialidad o, más grave y raigalmente, como crecientes tendencias de alienación en los estudios literarios latinoamericanos. No sé si me equivoco en interpretar su percepción, pero, aunque no lo diga explícitamente, todo el síndrome de falencias que describe con tanto acierto parece tener que ver con el desplazamiento del centro de gravedad de esos estudios hacia las instituciones académicas de este país, los Estados Unidos de Norteamérica. Nos guste o no nos guste, directa o vergonzosamente, los estudios hispanoamericanos

de hoy son en su mayoría norteamericanos. No tanto por la lengua, pues el inglés es sólo la inevitable *koiné* de la globalización, el peaje y los gajes para acceder a ella en gloria y majestad; no tanto por el anglicismo psicológico y cultural a menudo subyacente, sino por la actitud turística y cibernética que los traspasa de cabo a rabo, generando un doble efecto ideológico: convierten a América Latina en un espacio exótico, unidimensional, sin espesor histórico ninguno; hacen de toda “nuestra América” un vasto Puerto Rico virtual. Esta situación contrasta palpablemente con la obra y el proyecto intelectual de Cornejo Polar.

La obra de Antonio fue creada con una persistente voluntad de concentración. Concentración en su país y en su literatura, en primer lugar; concentración en una de sus manifestaciones más representativas en el orden cultural, el indigenismo peruano y andino; concentración en autores señeros o decisivos: Arguedas, Vallejo, también Matto de Turner. Lo singular, lo particular y la totalidad relativa más abarcadora —esa “totalidad contradictoria” y heterogénea que es, posiblemente, una de las categorías fundamentales en su crítica— se suman e integran, como anillos concéntricos, para crear una obra que es una y múltiple a la vez, variada y diamantinamente compacta. Obra “varia, una y entera” —según escribió alguien en ocasión y contexto diferentes. Cuando se relea su *Los universos narrativos de José María Arguedas*, en la edición de Losada, uno se sorprende constantemente de lo firme de sus líneas, del equilibrio y solidez con que fue concebido y construido ese libro simplemente excepcional. Los textos de Arguedas se estudian allí como parte de un paisaje cultural y de una sociedad que en ellos vive y palpita, impulsando la renovación de un género hasta la fecha dominante, alumbrando una mirada alternativa sobre el conjunto del país. Todo es allí claro y transparente, y al mismo tiempo tenso: el estilo expositivo, la argumentación, la forma general de la monografía.

Y algo adicional. Aunque Cornejo nunca fue partidario de echar la hoz en mies ajena, cuando lo llegaba a hacer el campo era suyo y la cosecha resultaba siempre fecunda. Digo esto porque, preparando recientemente una ponencia que debía leer en Alemania, me topé con unas páginas suyas —poquísimas, apenas un haz exíguo, dos piezas de minúscula expansión— sobre la narrativa de José Donoso. Con precisión y economía ejemplares, toca cuestiones esenciales en la obra del chileno, cuestiones con las que había lidiado Goic y que serían después objeto central en la reflexión de Cerda. Junto al de estos críticos, el aporte de Cornejo es de lo más lúcido que he podido conocer, pues plantea y discute medularmente las aporías del realismo/irrealismo en la escritura de Donoso.

La posición de Antonio Cornejo Polar como investigador y universitario reviste por lo menos un aspecto paradójico. En gran medida de obra solitaria en este país (bastante en Pittsburgh,

mucho menos en California), poseía una buena red de solidarios que lo vinculaba con hondura a su país. Alguna vez bromeamos (fue en Madrid, una tarde de invierno en la Residencia de Estudiantes) sobre su fugaz entronización en San Marcos, su paso como Rector en aquella venerable, dislocada *Alma Mater* de los años 70 y 80. Una sonrisa entre pícara y misteriosa le fluyó por el rostro. Esa radicación física y concreta en su tierra, ese nexo nunca abolido con su país del fondo, dieron soporte y perspectiva a su obra, fueron aire y raíces que alimentaron la otra mitad de su vida, una vez que tomara la decisión de trasladarse a los grandilocuentes páramos de acá. Olímpicamente —andínamente, mejor dicho— vio desfilar aquí la sucesión vertiginosa de modas teóricas y de ondas intelectuales que, año tras año, se alzan en abigarrada y coruscante pirotecnia para hundirse en seguida como fuegos fatuos en la fosa común de la inanidad. En libros y artículos, sus notas al calce y referencias bibliográficas son siempre modestas, nunca ofuscantes, de esas que uno puede estar seguro de que han sido comprendidas y realmente asimiladas. Recorro al azar sus estudios incluidos en *La novela peruana*. Hay allí compatriotas: Mariátegui, Escobar, Escajadillo; un manual útil y nada pretencioso como el de Raimundo Lazo; Steiger, mentor en su etapa estilística (del cual curiosamente, y con razón, se distanciara en los “Apuntes” finales, ya mencionados), etc. En esto, como en todo, Cornejo Polar se sitúa en los antípodas del oscurantismo y alejandrino contemporáneos, cuya mistificación se parece mucho a la de ese letrado ruso de *Los endemoniados*, que leía tantos libros y los “estudiaba tanto a pie juntillas”, que su protectora nunca pudo dar cuenta de ellos. En los autores que él cita y que acabo de seleccionar, están sus principales jalones formativos: la crítica literaria peruana, notable y variada en su tiempo, si no también ahora; los modelos estilísticos que profundizaría en España; una orientación sociológica llena de discernimiento, bebida en las aguas propias de su patria (Mariátegui, Quijano). Todo ello como parte de un itinerario intelectual más complejo y matizado, que es imposible delinear aquí.

Al apagarse la vida de Antonio Cornejo Polar y cuando la noche es más noche en este siglo que está por expirar, su nombre y su sombra se me asocian con la palabra lealtad. Lo sé: desde hace un par de décadas, esta palabra no representa ya un *desideratum* humano o moral. Lo vigente es lo contrario. En el mercado de valores, en la plaza pública, en la caverna de las ideas, los ídolos son otros. No obstante, creo que Antonio fue leal a su gente, a su tierra, a un determinado patrimonio cultural, a ciertas opciones históricas que tomó tempranamente, a su proyecto juvenil, a su obra misma. Su recuerdo y sus escritos (se lo empieza a leer de veras) van a resistir, estoy seguro, la corriente del tiempo y la dura corriente del olvido.